

Paulina los escuchaba y sufría más que ellos, porque tal manera de amarse no tenía cabida en su entendimiento.

¿Por qué no tener la piedad mutua de perdonarse? ¿Por qué no fundirse el uno en el otro, cuando era necesario que viviesen juntos? ¡Parecía tan sencilla la dicha, por hábito y por compasión!

Y ella estaba desolada, por considerar siempre que aquel matrimonio era obra suya, una obra que hubiera deseado buena, sólida, para recompensa, por lo menos, de su sacrificio; por la certidumbre de haberla hecho con prudente previsión.

—¡Yo no te acuso de haber derrochado mi fortuna!—proseguía Luisa.

—¡Pues no faltaba más que eso!—gritaba Lázaro.

—¿Tengo la culpa de que me la hayan robado?

—¡Oh! se roba solamente á los imbéciles que se dejan vaciar los bolsillos..... Estamos ya reducidos á cuatro ó cinco mil francos de renta, lo justamente preciso para vivir en este agujero..... Sin Paulina, nuestro hijo iría desnudo algún día, porque espero que acabarás por derrochar lo que nos queda, con tus ideas extraordinarias, con tus empresas que abortan unas en pos de otras.....

—¡Sigue, sigue! Tu padre me ha hecho ayer excelentes cumplidos, y he adivinado que le habías escrito..... Pues bien: ya he desechado el negocio de los abonos, operación de éxito cierto en la que había un ciento por ciento de ganancias..... Pero desde hoy pienso como tú: ahora tengo bastante para vivir aquí, y ¡el diablo me lleve si vuelvo á pensar en otro negocio!

—¡Hermosa existencia! ¡no puede ser mejor para una mujer de mi edad! Una prisión, ¿no es eso? Jamás saldremos de aquí á saber lo que pasa por el mundo; y nos contentaremos con ver todos los días ese mar insulso que agranda nuestro fastidio. ¡Ah! ¡si yo lo hubiera sabido!

—¿Y yo? ¿crees que me divierto? Si no me hubiese casado, podría marcharme de aquí, muy lejos, á probar fortuna, á intentar aventuras. ¡Veinte veces he tenido pensamientos de hacerlo! Pero eso se acabó por ahora, y heme aquí clavado en el agujero de Bonneville, donde lo mejor que puedo hacer es dormir..... ¡Tú me has acabado! ¡lo veo bien claro!

—¿Qué yo te he acabado? ¿Te he obligado á casarte conmigo? ¿No podías haber visto que no habíamos nacido el uno para el otro? ¿Quién tiene la culpa si nuestra vida ha fracasado?



—¡Oh, sí! nuestra vida ha fracasado..... Y tú haces lo posible para que sea cada vez más insoponible.

Paulina, aunque había pensado callar, interrumpió temblorosa:

—¡Callaos, infelices! Es verdad que ambos contribuíis á hacer amarga esta vida, que podría ser tan buena. ¿Por qué excitaros así, diciéndoos cosas irreparables, que luego deploraréis haber dicho? No, no; callad ya; no quiero que esto continúe.

Luisa, anegada en lágrimas, cayó sobre una silla, y Lázaro, violentamente agitado, andaba á grandes pasos.

—¡Vamos!— añadió Paulina. —El llanto no sirve de nada, querida mía: tú eres poco tolerante, y eso está mal hecho; y tú, Lázaro, mi pobre amigo, ¿es posible que la trates de tal modo? Porque eso es odioso, y creo que, por lo menos, tienes buen corazón. Sí: los dos sois niños grandes, igualmente culpables, que inventáis sin cesar maneras de atormentaros; pero yo no lo quiero así, ¿entendéis? porque no quiero personas tristes al lado mío. ¡Ea! ¡ahora mismo vais á daros un beso!

Y ella procuró reír, disipado el principio de escalofrío que la inquietaba: quedábale en cambio un

sólo y ardiente deseo de caridad, el de ponerlos delante de ella con los brazos abiertos, para cerciorarse de que la querella estaba concluída.

—¡Que yo le bese! —exclamó Luisa.—¡Ah, jamás! ¡Me ha dicho muchas torpezas!

—¡Jamás!—gritó Lázaro.

Entonces Paulina rompió á reír á carcajadas.

—Vamos, fuera enojos..... Ya sabéis que soy muy testaruda..... La comida se está quemando, y los convidados esperan..... ¡Que te empujo, Lázaro, si no me obedeces! Ponte de rodillas delante de tu mujer, y estréchala sobre tu corazón..... ¡Ea! ¡así, así!

Y ella les obligó á abrazarse amorosamente, y vió cómo se besaban en el rostro, sin que la menor turbación pasase por sus hermosos ojos.

Había en ella un calor de alegría, una llama sutil que la enaltecía por encima de los dos esposos.

Sin embargo, Lázaro abrazaba á su mujer con remordimiento vago, y Luisa, todavía envuelta en su camisola, con la garganta y los brazos desnudos, le devolvía sus caricias llorando más reciamente.

—¿Veis cómo eso vale más que regañar?—dijo Paulina.—Y ahora me voy, porque no tenéis necesidad de mí para firmar las paces.



Y salió, cerrando vivamente la puerta de aquella cámara de amor.....

Y al llegar á la cocina empezó á cantar, removi6 otra vez el guisado y encendi6 un buen fuego, prepar6 el asador para el ánade, y vigil6 el asado con mirada atenta y experta.

Aquella necesidad imprevista de ser cocinera en tal día la alegraba: habíase puesto un gran delantal blanco, y estaba encantada de servir á todos, de descender á los quehaceres más humildes, para decirse que, por lo menos entonces, la deberían su alegría y su salud.

Y ahora que todos reían, gracias á ella, su deseo era servirles un banquete de fiesta, viandas exquisitas, para que comieran bien y con gusto, y hubiera expansión en la mesa.

De pronto asalt6la el pensamiento de ver á su tío y al pequeño, y ech6 á correr hacia la terraza, quedando asombrada al ver allí á su primo, sentado cerca del niño.

—¡Cómo!—exclam6—¿tan pronto has bajado?

Él la contest6 con un movimiento de cabeza, embargado ya por su indiferencia habitual.

Y le pregunt6 en voz baja:

—¿Espero que no habréis comenzado otra vez?

—No, no—respondió Lázaro, decidiéndose á hablar.—Ella bajará también, cuando se ponga un vestido..... ¡Nos hemos perdonado! ¿Pero cuánto durará esto? Mañana habrá otra historia, y todos los días, y á todas horas.....

Paulina se puso muy seria, y sus ojos entristecidos se velaron: él tenía razón, y ella veía claramente cómo se sucedían los días parecidos, la misma querrela incesante entre ellos.

Y ella además no estaba segura de no ceder todavía á violencias celosas. ¡Ah! ¡qué perpetua renovación de tales miserias diarias!

—¿Pero dónde han ido el Cura y el Doctor?—pregunt6 Paulina, sorprendida de no verlos allí.

—Creo que están en el huerto—respondió Chanteau;—porque el Cura deseaba mostrar nuestras peras al Doctor.

Paulina iba á lanzar una mirada, desde el ángulo de la terraza, y se detuvo delante del pequeño Pablo.

—¡Ya se ha despertado!—exclam6.

Pablo, en efecto, en medio del cobertor rojo, acababa de levantarse sobre sus rodillas, y se arrastraba furtivamente; pero antes de llegar á la arena de la terraza, encontr6 un pliegue de la manta, vacil6 y cay6 sobre la espalda, con brazos y piernas al aire.



Y gimoteaba, y agitaba su desnudez de color de rosa en el fondo encarnado de la manta, como pájaro desvanecido.

—¡Bueno!— dijo Paulina.—Nos enseña todo lo que tiene..... Atended, que vamos á ver cómo anda desde ayer.

Y se arrodilló cerca del niño, para ponerle de pie; y aunque él había crecido con trabajo, y estaba atrasado para su edad, era un encanto para la familia verle dar sus primeros pasos, con las manos trémulas en el aire, cayendo sentado al menor tropiezo que encontraba.

—¿Quieres no jugar?—le decía Paulina.—Vamos, seriamente; demuestra que eres hombre..... ¡Así! ¡firme! vete á besar á papá, y en seguida al abuelito.....

Chanteau, con el rostro contraído por dolorosos pinchazos, había vuelto la cabeza para contemplar la escena, y Lázaro, no obstante su aplanamiento, quiso prestarse á aquel juego.

—Ven—dijo al niño.

—¡Oh! es menester que le tiendas tus brazos—dijo Paulina—porque él no se aventura á tanto, y ante todo quiere saber dónde caerá. ¡Vamos, tesoro mío! ¡un poco de valor!

Había que dar tres ó cuatro pasos, y exclamaciones de entusiasmo estallaron cuando Pablo se decidió á franquear aquel corto espacio con balanceos de equilibrista incierto de sus pies.

Y fué á caer en los brazos de su padre, que le besó en sus escasos cabellos, y se reía alegremente, con la risa vaga y encantadora de los niños, abriendo mucho la boca húmeda y clara como una rosa.

Su madrina quiso hacerle hablar, pero la lengua estaba más torpe que las piernas, y el niño solamente lanzaba sonidos guturales, esos dulces sonidos en que los padres creen escuchar las palabras *papá* y *mamá*.

—Pero no has acabado todavía—dijo Paulina—porque has prometido ir á besar al abuelito. ¿Eh? ¡Ahora sí que hay un buen viaje!

Lo menos ocho pasos separaban de la silla de Lázaro el sillón de Chanteau, y nunca Pablo se había arriesgado tanto; así es que la empresa era considerable.

Paulina se colocó en mitad del trayecto, para evitar una catástrofe, y hubo de emplear más de dos minutos en animar al niño: éste se lanzó, por fin, con las manos al aire, y aunque la madrina creyó en una ocasión recibirle en sus brazos, él, como hom-



bre de valor, fué á parar á las rodillas de Chanteau. ¡Estallaron entusiastas bravos!

—¿Habéis visto? ¡No tiene frío en los ojos! ¡Seguramente será un buen mozo!

Y diez veces más se le hizo andar el mismo camino.

El niño no tenía miedo, y partía con el primer llamamiento: iba de su abuelo á su padre, y volvía á su abuelo, riendo mucho, divertido con tal juego, siempre vacilando y á punto de rodar, como si la tierra temblase bajo sus pies.

—¡Otra vez á papá!—gritó Paulina.

Lázaro empezaba á fatigarse, porque los niños, aun su hijo, le fastidiaban pronto.

Y mirándole tan alegre, la idea de que aquel pequeño ser le sucedería, acaso le cerraría los ojos, acababa de atravesar por su cerebro, dejándole estremecimientos de angustia.

Desde que había resuelto vegetar en Bonneville, una sola preocupación embargaba su ánimo: el pensar que él había de morir en la misma sala donde había muerto su madre.

¡Y no pasaba una vez por la escalera, sin decirse que algún día, fatalmente, su féretro pasaría también por allí!

La entrada al pasillo formaba un ángulo, y el desdichado se atormentaba de continuo la imaginación pretendiendo adivinar cómo los hombres que llevaran el ataúd habrían de sacarlo de aquel mal paso sin dejarle caer.

Y á medida que la edad le quitaba cada día un poco de su vida, el pensamiento de la muerte apresuraba la descomposición de su ser, le destruía hasta aniquilar sus postreras fuerzas viriles.

Era un hombre arruinado, y él mismo se lo decía, que consideraba como inútil moverse, agitarse en la vida, y que se hundía más cada vez en la sima de su fastidio.

—¡Otra vez al abuelo!—gritaba Paulina.

Chanteau no podía alargar los brazos para recibir y guardar al pequeño Pablo, y era curioso ver á éste separarle las rodillas con sus deditos delgados, que se agarraban al pantalón y arrancaban al gotoso prolongados suspiros.

El niño estaba ya acostumbrado al gemido sin fin del anciano, viviendo cerca de él, imaginándose acaso, en su inteligencia apenas lúcida, que todos los abuelos se quejaban de igual modo.

Y sin embargo, aquel día, á la claridad resplandeciente del sol, cuando iba á caer sobre el anciano,



levantaba su gentil cabecita, contenía su sonrisa, mirábale con sus ojos vacilantes.

Las dos manos deformes parecían monstruosos bloques de carne y cal; el rostro, surcado por hondas arrugas, martirizado por el sufrimiento, estaba como echado con violencia sobre el hombro izquierdo; el cuerpo entero tenía las abolladuras y las grietas de un pedazo de viejo santo de piedra mal compuesto.

Y Pablo parecía sorprendido de verle al sol, tan enfermo y tan anciano.

—¡Otra vez, otra vez!—gritaba Paulina.

Ella, vibrante de alegría y de salud, le lanzaba de uno á otro, del abuelo obstinado en el dolor, al padre ya devorado por el espanto del incierto mañana.

—¡Este pertenecerá tal vez á una generación menos imbécil!—dijo ella de repente.—No acusará á la química de dañar á la vida, y creará que se puede vivir con la certidumbre de perecer algún día.

Y Lázaro contestaba con forzada sonrisa.

—¡Bah!—murmuró.—Tendrá la gota, como su abuelo, y sus nervios estarán más descompuestos que los míos..... ¡Mira qué débil es! ¡La ley de las degeneraciones!

—¿Quieres callar?—exclamó Paulina.—Yo le educaré, y veremos si hago de él un hombre.

Y reinó largo silencio, mientras ella oprimía al niño con maternal abrazo.

—¿Por qué no te casas—preguntó Lázaro—si tanto amas á los niños?

Ella quedó estupefacta.

—¡Ya tengo este hijo! ¿No me le has dado tú mismo? ¡Casarme! ¡jamás, jamás!

Y mecía al pequeño, y reía con más fuerza contando á su primo que ya la había convertido á las doctrinas del gran santo Schopenhauer, y quería permanecer soltera para trabajar con ahinco en la liberación universal.....

\*  
\* \*

El sol se ponía en el mar inmenso, y del cielo pálido descendía una serenidad infinita, lo infinito del agua y lo infinito del aire, uniéndose en la dulzura inefable de un hermoso día al caer la tarde.

Sola una pequeña vela blanca, muy lejos, lanzaba todavía una centella, que se apagó en el espacio cuando el astro descendió bajo la línea extensa y recta del horizonte.

Y entonces empezó á caer el lento crepúsculo sobre las ondas inmóviles.

Y ella mecía al niño, con su franca risa de alegría,



de pie en medio de la terraza azulada ya por las sombras, entre su primo abatido y su tío quejumbroso.

Ella se había despojado de todo, y sin embargo, su risa encantadora llamaba á la felicidad.

—¿Pero aquí no se come hoy?—preguntó Luisa, que apareció en la terraza, vestida con lindo traje de seda gris.

—Yo estoy dispuesta—contestó Paulina;—pero no sé lo que esos hombres pueden hacer en el jardín.

En aquel momento llegó el cura Horteur, con la faz trastornada, y como se le interrogase apresuradamente, respondió con brutal frase, después de buscar palabras para debilitar el golpe:

—¡Esa pobre Verónica! Acabamos de encontrarla ahorcada en uno de los perales.

Todos lanzaron un grito de sorpresa y horror, pálido el semblante con la influencia de aquel soplo de muerte que pasaba.

—¿Pero por qué?—preguntó Paulina.—No tenía ningún motivo, y hasta había empezado ella misma á preparar la comida. ¡Dios mío! ¡No habrá sido por decirla yo que había pagado por el ánade diez sueldos más de lo justo!

El doctor Cazenove llegó entonces: había inten-

tado inútilmente, por espacio de un cuarto de hora, volverla á la vida, en la cuadra, á donde la llevó con ayuda del viejo Martín.

¿Qué se podía esperar de viejas domésticas monomaniacas? Nunca se había consolado de la muerte de su señora.

—Eso no ha debido impulsarla—dijo el Doctor;—se ha ahorcado con el cordón de su delantal de cocina.

Lázaro y Luisa, helados de miedo, callaban.

Chanteau, después de escuchar en silencio, exasperóse de repente con la contrariedad de un banquete comprometido.....

Y aquel miserable sin pies y sin manos, á quien había que acostar y dar alimento como si fuera un niño; aquel lamentable resto de hombre cuya chispa de vida era un alarido de horrible dolor, aquél sólo gritó con furiosa indignación:

—¡Es necesario ser muy bestia para matarse!

FIN.